

JOHN UPDIKE
LAS VIUDAS DE EASTWICK

Traducción de Ana Herrera

TUSQUETS
EDITORES

A los que ya conocíamos su sórdida y escandalosa historia no nos sorprendieron los rumores, procedentes de las distintas localidades donde las brujas se establecieron tras huir de nuestro agradable pueblo de Eastwick, en Rhode Island, de que los maridos que las tres mujeres impías se habían agenciado mediante sus oscuras artes no se habían revelado del todo duraderos. Cuando se utilizan métodos malvados, se obtienen productos de mala calidad. Satán remeda la Creación, sí, pero sus resultados son inferiores.

Alexandra, la de mayor edad y cuerpo más ancho, y la que por su carácter más se acercaba a la humanidad normal y corriente, aquella que posee un espíritu generoso, fue la primera en quedarse viuda. Instintivamente, como les ocurre a muchas esposas entregadas de repente a la soledad, comenzó a viajar. Era como si el mundo entero, mediante las frágiles tarjetas de embarque, los tediosos retrasos en los aeropuertos y los mínimos aunque innegables riesgos que entraña volar en unos tiempos de combustibles cada vez más caros, líneas aéreas en quiebra, terroristas suicidas y fatiga acumulada del metal, estuviese obligado a suplir la fructífera molestia de tener un compañero. A su marido, Jim Farlander, al que había hecho aparecer por arte de magia a partir de una calabaza hueca, un sombrero de

cowboy y una pizca de tierra del Oeste –rascada del guardabarros trasero de una camioneta con la parte de atrás descubierta y matrícula de Colorado que, extrañamente fuera de lugar, vio aparcada en la calle Oak a principios de los años setenta–, era cada vez más difícil, a medida que el matrimonio se iba asentando y anquilosando, sacarlo de su taller y de su poco frecuentada tienda de cerámica, ubicada en una calle secundaria de Taos, Nuevo México.

La idea que Jim tenía de un viaje era el trayecto de una hora en coche en dirección al sur, hasta Santa Fe, mientras que su idea de unas vacaciones consistía en pasar el día en una reserva india (navajo, zuni, apache, acoma, isleta pueblo) para ver qué ofrecían los ceramistas nativos americanos en las tiendas de recuerdos, con la esperanza de encontrar a bajo precio, en algún polvoriento economato de la Oficina de Asuntos Indios, una auténtica vasija de los indios pueblo con motivos geométricos en blanco y negro, o una tinaja hohokam de color rojo sobre bayo, con sus dibujos en espiral y sus grecas, y revenderlas por una pequeña fortuna a alguno de los museos abiertos recientemente en las florecientes ciudades turísticas del sudoeste. A Jim le gustaba el lugar donde vivía, y a Alexandra le gustaba eso de él porque ella, al ser su esposa, formaba parte de ese lugar. Le gustaba su constitución delgada (con el estómago plano hasta el día de su muerte, pese a no haber hecho un solo abdominal en toda su vida) y el olor a silla de montar de su sudor y el aroma a arcilla que, como un aura de color sepia, tenía adherido a sus fuertes y sabias manos. En el plano natural se conocieron cuando ella, divorciada desde hacía ya algún tiempo, asistió a un curso en la Escuela de Diseño

de Rhode Island, donde él trabajaba como profesor suplente. Los cuatro hijastros que ella le endosó (Marcy, Ben, Linda, Eric) no podían haber pedido un sustituto para su padre más sosegado ni más tranquilizadamente taciturno. Para sus hijos (que en cualquier caso ya tenían un pie fuera del nido, puesto que Marcy ya había cumplido los dieciocho) era más fácil relacionarse con él que con su propio padre, Oswald Spofford, pequeño fabricante de accesorios de cocina en Norwich, Connecticut. El pobre Ozzie estaba tan ocupado con la liga infantil de béisbol y el equipo de bolos de la empresa que nadie, ni siquiera sus hijos, se lo podía tomar en serio.

A Jim Farlander la gente se lo tomaba muy en serio, sobre todo las mujeres y los niños, que le devolvían su elegante silencio. Sus ojos grises y serenos tenían el brillo de una pistola bajo la sombra de su sombrero de ala ancha, con la copa algo oscurecida allí donde ponía los dedos para cogerlo. Cuando se encontraba ante el torno de alfarero, se ataba un pañuelo de color azul descolorido a la cabeza para que su largo pelo –gris pero todavía vetado con su color original, un castaño rojizo dorado por el sol, y que llevaba recogido en una coleta de un palmo de largo– no tocara la arcilla húmeda que daba vueltas sin parar en el torno accionado con el pie. Arrastraba una cojera desde que, siendo niño, se había caído de un caballo, y el torno, que él se negaba a electrificar, cojeaba a su vez, y mientras éste giraba, sus manos masculinas iban dando forma a los pegotes de barro hacia arriba, convirtiéndolos en elegantes vasijas con la cintura esbelta y la base hinchada.

Fue en la cama donde ella sintió por primera vez que a él le estaba llegando la hora de la muerte. Su pene em-

pezaba a marchitarse en el momento en que ella se habría corrido si él hubiera aguantado un poco más, al tiempo que en su cuerpo, situado encima de ella, se producía un evidente relajamiento del tejido muscular. Al principio Jim vestía con cierta sutileza desafiante: botas puntiagudas de color vainilla, vaqueros de culo ceñido y con los bolsillos bordeados de remaches, e impecables camisas de cuadros con doble botonadura en los puños. Era un dandy a su manera, pero de buenas a primeras empezó a llevar la misma camisa dos y hasta tres días seguidos. Y en la parte inferior de su mandíbula se apreciaba una sombra de barba blanca, ya fuera por un afeitado descuidado o por problemas de visión. Cuando empezaron a llegar del hospital los ominosos recuentos sanguíneos, y las sombras de las radiografías fueron visibles incluso para unos ojos inexpertos como los de ella, Jim encajó la noticia con estoica lasitud. Alexandra tuvo que luchar para que se despojara de su costrosa ropa de trabajo y se pusiera algo decente. Se habían unido a la legión de parejas mayores que llenan las salas de espera de los hospitales, paralizados por el nerviosismo como padres e hijos antes de un recital. Ella sentía como si las demás parejas los toqueteasen con sus ojos indolentes, intentando adivinar cuál de los dos era el enfermo, el condenado. Alexandra no quería que fuese obvio. Deseaba presentar a Jim como una madre presenta a su hijo la primera vez que va a la escuela: como un orgullo para ella. Los treinta años transcurridos desde los tiempos en que Alexandra vivía en Eastwick los habían pasado siguiendo las normas fijadas por ambos, allá en Taos, donde los espíritus libres de los Lawrence y de Mabel Dodge Luhan todavía amparan con su distinción a los últimos ejemplares de la tribu de aspirantes a

artistas, una tropa de bebedores empedernidos y seguidores de supersticiones New Age metidos a artesanos que, sin dejar de lamentarse por ello, acababan vendiendo sus artefactos, expuestos en sus escaparates, a turistas tacaños e incultos, en lugar de destinarlos a los adinerados coleccionistas de arte locales del sudoeste. Alexandra había resucitado durante un tiempo su manufactura de pequeñas *bubbies** de cerámica –diminutas figuras femeninas sin cara ni pies, de tacto agradable y pintadas toscamente con ropas desgastadas y pegadas a la piel como si fueran un tatuaje–, pero Jim, dictatorial y celoso de su arte como lo son los verdaderos artistas, no se mostraba en absoluto dispuesto a compartir su horno. El caso es que aquellas mujeres en miniatura, cuya vulva era una grosera hendidura practicada en la arcilla con un palillo o una lima de uñas, pertenecían al pasado, a un incómodo periodo de su vida en el que, junto con otras dos divorciadas de Rhode Island, había llevado a cabo una torpe variedad de brujería de barrio residencial.

La enfermedad de Jim los arrojó a ambos del seguro y artístico Taos a la sociedad en general, a los valles de los enfermos, un vasto rebaño que se movía como una manada de bisontes en estampida hacia el acantilado de la muerte. Aquella socialización a la que se vio obligada –las entrevistas con los médicos, la mayoría de ellos inquietantemente jóvenes; las conversaciones con las enfermeras, rogándoles que se mostraran compasivas en sus atenciones al paciente hospitalizado, demasiado varonil y deprimido para pedirlo por sí mismo; la conmiseración con aquellos que se encontraban en su misma situación,

* En *slang*, «tetas». (N. de la T.)

futuras viudas y viudos a los que en la calle habría evitado, pero que ahora, en aquellos vestíbulos asépticos, abrazaba entre lágrimas compartidas— la preparó para viajar en compañía de extraños.

No podía creer lo definitivamente que se había ido Jim: que estuviera ausente por la mañana, de una forma tan viva como el quiquiriquí matutino de un gallo; que no apareciera por la noche, como una negativa que, le parecía, estaba destinada a ser anulada en cualquier momento por el roce de sus botas cojeando en el vestíbulo, o por el chirrido de su torno de alfarero, dos habitaciones más allá. Tres meses después de su muerte, Alexandra se apuntó a un viaje de diez días por las Montañas Rocosas canadienses. Su antiguo yo de mujer casada y mimada, de bohemia esnob orgullosa de su ropa masculina y desaliñada y de la intimidad propia de las tierras desérticas del Oeste, habría despreciado la camaradería fingida de un viaje organizado. Ya preveía la obligación diaria de levantarse y atiborrarse en el desayuno tipo bufé del hotel antes de dirigirse a la maravilla del día, y la resistencia ante las irresistibles cabezadas dentro del bamboleante autocar, en la húmeda y bochornosa proximidad de algún cuerpo ajeno, normalmente el de otra viuda valerosa, con sobrepeso e implacablemente parlanchina. Luego vendrían las horas de insomnio, entre ruiditos inquietantes y misteriosas lucecitas rojas, en una enorme cama de matrimonio. Las almohadas de los hoteles siempre están demasiado duras, demasiado rellenas, y levantan demasiado la cabeza, de modo que, confusa y atónita al comprobar que al final se había dormido, se despertaría con tortícolis. La almohada junto a la suya permanecería sin hueco alguno. Y entonces caería en la cuenta de que nunca más volvería a formar parte de una pareja.

Pero, como había nacido en Colorado, pensó que sería divertido seguir las Rocosas hacia el norte hasta llegar a otro país, donde la espectacularidad del paisaje no halagase la rapaz vanidad de Estados Unidos. Y descubrió que Canadá tenía sus ventajas: no habían sobornado a los aeropuertos para que instalasen televisores que vertieran un parloteo incesante, las voces tenían un familiar acento norteamericano realzado por unos cuantos vestigios de vocales escocesas y la arquitectura pública poseía una gravedad imperial y gris. Esa identidad nacional la había creado un sensato espíritu empresarial, uniendo provincias mediante una línea de ferrocarril como si de grandes cuentas se tratara, en lugar de hacerlo mediante la prédica evangélica de un Destino Manifiesto (manifiesto únicamente para sus perpetradores anglosajones) como el que había arrojado a los Estados Unidos aglutinados hacia el oeste y luego hacia el exterior, a ultramar, donde sus jóvenes soldados perdían sus miembros y morían. El número de muertos diario en Iraq bien merecía la huida.

Por otra parte, parecía que en los restaurantes de los hoteles canadienses pensaban que Frank Sinatra y Nat «King» Cole eran lo último en música ambiental, y los gigantescos cruceros amarrados en Vancouver se dirigían a una Alaska espantosamente fría. Canadá, con su tundra y sus banquisas, y sus kilómetros de bosques que apretujan a la población contra el paralelo 49, había abrazado el verdor como autodefensa, intentando convertirlo en mascota, explotando, a cambio de los dólares de los turistas, la nostalgia y la rectitud inherentes a su causa. Traer de vuelta la naturaleza: ¿quién pondría objeciones a ello? Pero para Alexandra los tótems y los alces eran algo esencialmente aburrido. Allí arriba se sentía como si estuviera atra-

pada en un desván lleno de animales disecados. La naturaleza había sido su aliada en la brujería, pero todavía desconfiaba de ella, la veía como una asesina sin escrúpulos, derrochadora y ciega.

Tras pasar un día en Vancouver y otro en la obstinadamente pintoresca Victoria, el grupo (cuarenta viajeros, ninguno joven y ocho de ellos australianos) subió a un tren con coche cama que los arrastró hacia el norte en medio de la oscuridad. Se despertaron entre unas montañas resplandecientes por el amarillo de los álamos temblones. Después de un pesado desayuno servido por camareros que iban dando bandazos de un lado a otro del vagón restaurante, Alexandra entró vacilante en el vagón panorámico que el grupo tenía reservado, y las parejas ya sentadas la saludaron con sonrisas también vacilantes. Ocupó uno de los pocos asientos libres que quedaban, consciente del espacio vacante que tenía al lado, como si fuera un monstruoso quiste sebáceo que alterase la simetría de su cara.

A Jim nunca le habría pedido que la acompañara en una aventura semejante. Él odiaba los países extranjeros, incluso las Islas Vírgenes, adonde, al principio de su matrimonio, ella lo había convencido de que la llevara unas cuantas veces, para distraerse del largo invierno de Taos y de los embotellamientos de la temporada de esquí a lo largo de la Ruta 522. Y resulta que llegaron a St. Thomas al caer la tarde y, a bordo de su Volkswagen Escarabajo de alquiler, se quedaron atrapados en el tráfico de la hora punta. Era la primera vez en su vida que Jim conducía por el otro lado de la carretera. Y lo peor de todo es que estaban rodeados de conductores negros que experimentaban un placer racista pegándose a su coche por detrás

y reprendiendo cualquier señal de incertidumbre en su conducción con prolongados bocinazos de indignación. Aunque acabaron por encontrar el hotel al final de una carretera mal señalizada, Jim se quemó con el sol ya el primer día, tras haber desdeñado el repetido ofrecimiento de crema solar que ella le había hecho, y luego se puso malísimo al tomar no sé qué ensalada de frutos de mar. Después, cada vez que se sentía desbordado en un intercambio de acusaciones, él le recordaba con detalle aquella semana que casi lo había matado, veinticinco años antes de morir de verdad.

Ahora, en Canadá, no había ni carretera ni coche alguno a la vista, sólo vías y túneles mientras el tren avanzaba entre montañas salpicadas de temblorosas hojas doradas.

—¡Ahí está el monte Robson! —le dijo muy emocionada a su marido una mujer que estaba sentada detrás de Alexandra.

En un intento por mostrarse amistoso, un australiano que había al otro lado del pasillo anunció a Alexandra:

—Enseguida pasaremos por el monte Robson —como si ella, además de sola, estuviese sorda.

Desde detrás de aquel interlocutor, otra voz (nada australiana, menos vivaracha, con un ligero acento sureño) precisó, porque de repente todo el mundo a su alrededor había decidido mostrarse especialmente solícito, como si entre ellos hubiese un deficiente mental:

—El pico más alto de las Rocosas canadienses.

—¿De verdad? ¿Ya? —preguntó Alexandra, sabiendo que sonaba estúpido, por lo que al instante trató de explicarse—: Quiero decir, ¿no tendrían que haberlo reservado para cuando la excursión estuviera más avanzada?

Libros de John Updike en Tusquets Editores

ANDANZAS

Corre, Conejo
A conciencia
El centauro
Conejo en paz
El regreso de Conejo
Memorias de la Administración Ford
Brasil
Parejas
Lo que queda por vivir
La belleza de los lirios
Hacia el final del tiempo
Gertrudis y Claudio
Conejo es rico
Conejo en el recuerdo
y otras historias
Busca mi rostro
Terrorista
Las brujas de Eastwick
Las viudas de Eastwick

FÁBULA

Corre, Conejo
Brasil
El regreso de Conejo
Conejo es rico
Conejo en paz